

Participación de Basilio Rojo

Le decía hace unos momentos al doctor Xirau que me sentaron aquí con dos gigantes, pero el dicho dice "somos enanos en espaldas de gigantes" y es válido también para nuestro homenajeado Søren Kierkegaard.

Me acerco a *Temor y temblor* como Don Gerundio: temiendo y temblando; temiendo no alcanzar a comprender todo lo que ahí se dice, y no porque Kierkegaard no lo tenga claro, como él mismo dice en las primeras páginas en relación a la obra de Hegel, sino por el constante reacomodo de esquemas en la deformación profesional, aparte de mi corta luz. Y en consecuencia, temblando de ser o erróneo o impreciso en mis afirmaciones.

A la postre, tal vez quedaría el asunto en esta arena del chirriar de dientes, tan a lo nórdico, en sonidos dermanianos de gritos y susurros. Salta a la vista el tema central de lo ético y lo religioso sobre el que alguna batería había apuntado antes; pero esta tarde con mayor autoridad a años luz la tratará el doctor Leonardo Polo.

La idea del panel, según tengo entendido, es abrir un espacio de, si no confrontación, de intercambio entre nosotros y ustedes, en pro del propósito que ya notaba ayer Luis Guerrero de conocer, profundizar, reflexionar sobre las obras de Kierkegaard.

Yo me limitaré a cinco puntos, de la manera más breve que pueda, que creo que podrían dar pie a algún diálogo, reflexión, confrontación, desacuerdo. El primero sería la cuestión de lo finito y lo infinito; el segundo, la cuestión del individuo y lo general; el tercero, la integración; el cuarto el aislamiento-silencio; y el quinto, el trastoque del concepto de ver.

Respecto al primer punto, dice Kierkegaard: "Pues quien desde lo infinito de su alma, *proprio motu* y *propriis auspiciis*,

hace el movimiento infinito sin poderlo remediar conserva a Isaac, y no sólo en el dolor". Otra cita: "me acerco un poco, en búsqueda del caballero de la fe, vigilo sus menores movimientos para tratar de sorprender en él algo de otra naturaleza, una pequeña señal telegráfica que emane de lo infinito, una mirada, una expresión de fisonomía, un gesto, un aire de melancolía, una sonrisa que, por irreductible a lo finito, delate lo infinito". A mi parecer, lo infinito está dado en el hombre por desarrollar o hacer vida en movimiento para la develación en vinculación a lo infinito o absoluto.

Lo infinito de su alma *proprio motu*; es decir, esta individualidad en extremo como el sí mismo desvinculado de todo con la posibilidad entonces de estar ligado a lo infinito. Indudablemente que este romper amarres, indudablemente, este desligarse del todo —incluso de lo general, como sabemos— de ninguna manera es un rompimiento, es una integración ascendente —si quieren un poco en la línea de Hegel.

El segundo punto, lo general y el individuo. "El individuo se halla como tal por encima de lo general". Hablaba al principio de este trastoque de las categorías de deformación profesional, porque indudablemente esta afirmación en el árbol de Porfirio no cabe de ninguna manera. Lo moral es como tal lo general, y bajo este título lo que es aplicable a todos, lo cual puede expresarse todavía desde otro punto de vista diciendo que es aplicable a cada instante.

Habrà entonces —y aquí hago una distinción— que pensar que en el individuo, como solía hablarse de él bajo la especie, en el tiempo y en el espacio, en el tiempo presente y en el espacio, asumido de una manera general —y aquí la moral a mi entender es tema de discusión según esta perspectiva—, aparece como una ciencia social.

El aplicable a cada instante efectivamente es la particularización del caso general común en las ciencias físicas y

naturales. Y el acomodo —acomodo cómodo, valga la redundancia— a esta generalidad en la mentalidad de Kierkegaard como “irla pasando” y “ser bueno” en este mundo.

La moral es como tal lo general; y bajo este último título, lo manifiesto. Definido como ser inmediatamente sensible y psíquico. Si distinguimos en la persona de nivel sensible, físico, corpóreo, tangible, el nivel psíquico —donde desde luego entraría la vertiente de las ciencias sociales— y un tercer nivel, con cierta tradición de Occidente e incluso con raíces en Oriente, esta tercera vinculación del individuo como ser oculto apelaría al espíritu. Y por lo tanto, a la superación de la temporalidad, o metidos en nuestras categorías usuales, en la existencia llevada a más.

Todavía Kierkegaard aprieta más el tornillo y nos habla de la Iglesia en este plano. El héroe que obedece a la Iglesia expresa con su acción lo general y nadie hay en toda la Iglesia, incluyendo su padre y su madre, que no lo comprenda. En efecto, la idea de Iglesia no difiere cualitativamente de la idea de Estado. Fíjense el golpe aquí para meternos a la comprensión de estas ideas. Efectivamente, si la Iglesia se entiende como mera institución con normas, con parámetros, con una moral general de referencia, como un coto, estamos en plano de regulación “social”. Eso no quiere decir que sea la única vertiente, pero vista desde esta perspectiva sería así. Sin embargo, la realidad de su acción en aquello por lo que pertenece a lo general, y en este dominio, es por lo que sigue siendo un asesino. Y desde luego la vertiente meramente civil de la cultura, del mundo “pagano”, el héroe trágico expresa lo general y se sacrifica a ella.

Esto nos da pauta o me da pauta para hacer esta distinción: el individuo, como un primer estadio o nivel —como tradicionalmente se le concibe hasta la definición medieval *indivisum per se*— lo general, como un segundo nivel y lo que llamaría el individuo *per se*, en un tercer nivel superior. El

individuo vinculado a lo general, sabe cuán bello es haber nacido como individuo cuya patria es lo general. Vivienda amiga dispuesta a recibirlo cuando quiera habitarla; hay un cobijo, hay unos parámetros de referencia culturales, sociales, legales, institucionales, etc. “Pero sabe al mismo tiempo que por encima de ese dominio serpentea un camino solitario” —y aquí empezamos a entrar al individuo *per se*—, “estrecho y escarpado. Sabe cuán terrible es haber nacido solitario fuera de lo general y caminar sin hallar un solo compañero de ruta”.

En ese mismo tono del individuo general o vinculado a la generalidad, se piensa que existir a la manera del individuo es lo más fácil de todas las cosas, y por consiguiente interesa obligar a los hombres a alcanzar lo general; éste es el cometido, éste es el deber, como sabemos, un deber que en Kierkegaard está superado más allá de Kant.

Se sabe por experiencia —y aquí es otra vez donde entra el individuo *per se*— que no hay nada más terrible que existir en calidad de individuo —esto recuerda aquella otra expresión de *La enfermedad mortal*, “no hay persona más angustiada que la que ni siquiera se da cuenta que hay que angustiarse”.

Y también, desde luego la razón, con su juego de conceptos y de determinación de parámetros y de rutas está excedida. Él obra en virtud de lo absurdo porque el absurdo consiste en que está como individuo por encima de lo general.

En esta misma línea del individuo *per se*, quería notar esta vertiente del silencio, y la vertiente del trastoque del deber. Abraham se rehúsa a la mediación. En otros términos, no puedo hablar; en tanto hablo, expreso lo general y callándome nadie puede comprenderme. Fijense la tremenda soledad de la que habla: cada uno consigo mismo y ante la imposibilidad de lo absoluto.

“El verdadero caballero de la fe es siempre aislamiento absoluto”. ¿Qué es entonces el deber? La expresión de la

voluntad de Dios. Y sabemos que nos pone el modelo claro de "He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra". Gracias.

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.